

Hay que encontrar una solución

El 51 por ciento de los niños fracasan en EGB



Por FERNANDO PARIENTE

Resultados de una investigación

Indicadores de aprendizaje en los alumnos

Indicadores de eficacia en el profesor

Reflexiones en torno al fracaso escolar

ANDAMOS otra vez a vueltas con el tema del fracaso escolar. Las estadísticas del nivel de «caídos» siguen subiendo, año tras año. Un estudio realizado por la Inspección General de EGB demuestra que el 51,31% de los alumnos de EGB fracasan (ver *Comunidad Escolar* 15/30 octu. 83) y no parece ni siquiera vislumbrarse la posibilidad de que el termómetro de las cifras se atempere un poco y vaya bajando en un futuro próximo.

Ni que decir tiene que el fracaso es un cáncer insostenible para la escuela. Si la escuela no sirve para el 51,31% de los niños... saque cada uno la conclusión que crea oportuna.

Los resultados de una investigación que puede ayudarnos

NO hace mucho llegó a mis manos el resultado de un trabajo de investigación llevado a cabo en California sobre el aprendizaje de los alumnos relacionado con los comportamientos de los profesores en clase. La investigación fue un trabajo serio y bien realizado. Duró cinco años y participaron en ella más de doscientos profesores. Sus resultados, como suele suceder en este tipo de investigación, confirmaron muchas hipótesis previas y principios ya establecidos por la pedagogía: ninguna nueva y maravillosa receta se encontró. Pero creo que no vendrá mal a nadie, hablando de fracaso escolar, recordar estas cosas, muchas ya sabidas, pero confirmadas ahora por un concienzudo trabajo experimental.

Una de las verdades más incontrovertibles que se desprende de la investigación es que la cantidad de tiempo que el profesor dedica a la preparación de la clase no tiene relación con la cantidad de aprendizaje que los alumnos obtienen; incluso, por paradójico que parezca, resalta, a veces, que se produce una relación negativa.

Dicho en otras palabras, los profesores que se quejan las cejas en largas preparaciones y planificaciones de clase, que lo programan, anotan y prevén todo; que facilitan a los alumnos toda clase de proyectos, cuadros, etc., no por eso son mejores profesores o, ni siquiera buenos. Recalco y subrayo el **por eso** porque es posible que sí sean buenos profesores, pero seguro que lo son por otras cosas, a parte de esa.

La encuesta concluye que es la calidad de la preparación y no la cantidad la que está realmente relacionada con la efectividad.

Generalmente, y eso ya lo apunto yo, la calidad de la preparación tiene mucho que ver con la personalidad del profesor, por una parte, y, por otra, con su capacitación básica remota; el profesor, a las inmediatas, tiene que diseñar las estrategias del aprendizaje; el conocimiento de los contenidos y su permanente puesta al día se supone ya adquirido y no forma parte de la preparación inmediata de la clase. Mal asunto cuando el profe lo que hace es estudiarse el tema antes de entrar en el aula. El profesor no puede ser la persona que aprende las cosas un día antes que sus alumnos. Esa definición puede pasar como chiste, pero nada más.

En la encuesta se demostró también que algunas actitudes de profesores están relacionadas con un mayor índice de éxito o fracaso escolar. Por ejemplo, los profesores que obtienen un buen ranking de aprendizaje no suelen formar actitudes despreciativas o minimizadoras de sus alumnos, ni tampoco suelen reñir ni castigar nunca al conjunto de la clase.

Indicadores de aprendizaje en los alumnos

LA investigación ha servido para confirmar lo que ya el sentido común hacía suponer y sospechar, que para que se produzca un aprendizaje real y duradero tienen que ocurrir estas tres cosas: que el alumno dedique tiempo, que verdaderamente se meta en el tema y concentre su atención en las actividades que desarrolle, y que, finalmente, las finalice con éxito. Cuanto mayor sea la frecuencia con que los alumnos consigan reunir estas tres condiciones, mayor será el aprendizaje realizado. Y, por el contrario, cuando el aprendizaje no se produce es porque alguna de ellas falta.

Tiempo, atención y éxito en los resultados son, pues, los tres indicadores básicos que hay que perseguir en esto del enseñar y del aprender.

Una de las mayores sorpresas que parecen haberse llevado los profesores en relación con la encuesta tiene que ver con el hecho de que los alumnos aprendan más cuando les parece que la clase es más fácil, cuando un alumno es capaz de proporcionar un gran número de respuestas acertadas, sus resultados tienden a ser progresivamente mejores en la misma materia. La encuesta ha demostrado claramente que si la tarea es muy difícil y el alumno obtiene pocas respuestas correctas, la actividad no reporta mucho aprendizaje.

Este hecho tiene que resultar verdaderamente sorprendente para todos los que sostienen que cuanto más alto es el nivel de exigencia mejores son los resultados.

Sin embargo, es necesario tener en cuenta que no siempre hay que dedicar el tiempo de clase y de estudio a actividades que produzcan alto índice de resultados positivos y satisfactorios. El espíritu humano necesita continuamente el reto de nuevas conquistas para no caer en un aburrimiento desmotivador; si el alumno no encuentra en clase nuevas metas para su inteligencia dejará pronto de avanzar.

Indicadores de eficacia en el profesor

SEGUN la investigación también pueden detectarse en el maestro algunas señales que acompañan normalmente al éxito escolar. He aquí algunas.

Los niños fracasan escolarmente menos cuando el profesor los conoce personalmente y sabe dónde pueden llegar... lo que son capaces o no son capaces de hacer. Sobre todo, el índice de aprendizaje se dispara realmente, cuando el profesor es capaz de adaptar el nivel de exigencias a la capacidad y a las necesidades de cada alumno. Está esto perfectamente de acuerdo con las afirmaciones de Benjamín S. Bloom en su obra «Human Characteristics and School Learning» de que

el 95% de los niños son perfectamente capaces de alcanzar todos los objetivos escolares; lo que falla, en general, en su capacidad para adaptarse al ritmo que se les exige en la escuela.

Evidentemente, éste no depende únicamente de la habilidad, pericia o preparación del profesor: depende también, y mucho, de la estructura escolar —cuarenta alumnos por aula imposibilitan el éxito de esta tarea— y, en definitiva, de la economía en gran parte, aunque no sólo de ella.

Otra característica que suele estar ligada con la eficacia del aprendizaje es la forma en la que el maestro expone los temas. Una adecuada presentación favorece después el trabajo de los alumnos. Parece que lo más conveniente es que la explicación del profesor sea útil a los alumnos para estructurar el tema y clarificar conceptos y claves fundamentales. La explicación debería cada vez más acercarse a una tarea de dirección. El sistema más conveniente de clases parece ser el que comienza con una breve presentación por parte del profesor seguida, después, por el trabajo de los alumnos.

Otro aspecto importante que se revela en la investigación es la necesidad de un seguimiento próximo de las actividades y tareas que va realizando el alumno. El contacto directo con el trabajo real es imprescindible, sea por medio de preguntas o sea recorriendo incansablemente la clase, deteniéndose en una mesa, aclarando ésta o aquella duda, suscitando alguna cuestión, animando aquí o estimulando allá. Relacionado con esto, e igualmente necesario, es el que los alumnos puedan verificar con exactitud sus aciertos o sus errores. Incluso se revela este último aspecto como más importante que la explicación del profesor o que el seguimiento del trabajo de los alumnos.

Otro aspecto importante que los resultados de la encuesta iluminan con intensidad, es la constatación del hecho de que los resultados son mucho mejores cuando el profesor consigue crear un ambiente en el que el aprendizaje académico se siente por todos como un valor en sí mismo: como algo, por tanto, serio, respetable y deseable.

Con frecuencia la creación de este ambiente no depende sólo de la labor personal de un profesor concreto, es tarea de todo el centro escolar. Cuando este ambiente se ha conseguido, el conservarlo tiene que ser algo así como la custodia de un preciado tesoro, porque el riesgo de perderlo está siempre acechando y las pequeñas pérdidas o fugas son muy costosas de remediar.

Un ejemplo para imitar

ESTA investigación, cuyos resultados brevemente he resumido, puede servirnos para reflexionar sobre las causas del fracaso escolar endémico que padecemos. Un índice tan alto de fallos demuestra palmariamente que lo que falla es la escuela, no los niños. El motivo de presentarla aquí no es tanto el de cuestionar nuestra actuación como docentes cuanto el de sugerir que la realidad de unos números tan alarmantes deberían estar exigiendo una rápida intervención curativa, que, desde luego, tiene que empezar por una investigación en profundidad de forma experimental y científica de las causas de este estrepitoso fracaso. ■